

LA UTOPIA DE LA DEMOCRACIA EN URUGUAY.
ENTRE LA NOSTALGIA DEL PASADO Y EL DESMENTIDO
DE LA HISTORIA

The utopia of democracy in Uruguay. Between the nostalgia about the past and the refutation of history

Fernando AÍNSA AMIGUES

✉ fainsa@terra.es

BIBLID [1130-2887 (2007) 47, 87-99]

Fecha de recepción: junio del 2007

Fecha de aceptación y versión final: octubre del 2007

RESUMEN: Uruguay tiene una larga tradición democrática unida a la del desarrollo de un Estado de bienestar instaurado a principios del siglo XX y prolongado hasta la década de 1960, cuando el sistema entró en crisis. En este ensayo se analiza el contenido utópico de esa democracia, sus carencias, la crisis, el proceso de su decadencia, el período de la dictadura (1973-1984) y la nostalgia del «país que fue» que ha marcado la política del restablecimiento de la institucionalidad en 1985 hasta nuestros días.

Palabras clave: democracia, utopía, Estado de bienestar, decadencia, nostalgia.

ABSTRACT: Uruguay has a long tradition of democracy that is associated to the Welfare State built at the beginning of the XX Century. In the sixties started a period of crisis and decadence, which had its worst moment during the period of the dictatorship (1973-1984). Uruguay lives since then with the nostalgia of what «has been», the impossible utopia of the past.

Key words: democracy, utopia, Welfare State, decadence, nostalgia.

I. INTRODUCCIÓN

Desde 1985 a la fecha, en esta progresiva tradición democrática y cultural reasumida con lo mejor y lo peor del Uruguay de siempre; en un país que se integra con sus vecinos en una espiral desintegradora; en el desfibramiento de una nacionalidad que se diluye en las intangibles redes Web del planeta y en una globalización económica donde hasta la cultura debe hacer frente a sellos internacionales despersonalizadores, nos embarga un creciente desasosiego: la sensación de pérdida de identidad y pertenencia, de ese indiscutido centro de cohesión estructural que tenía un país de límites y características bien definidas, ese orgulloso «como el Uruguay no hay» que sobrevivió hasta mediados de la década de 1960. La cierta alegre irresponsabilidad con la que se cabalgó luego hacia la dictadura de la década de 1970, los indicios—hoy claros, impensables entonces— de la serpiente que ya estaba incubándose en el huevo de pulida superficie que sólo esperaba el «golpe» que quebrara su débil cáscara, no pueden teñir la visión—que no fue monolítica ni unívoca, sino rica y diversa— de aquella «excepción uruguaya», de esa democracia con visos de utopía de la que pudo vanagloriarse el país durante buena parte del siglo XX.

Una utopía que fue realidad para varias generaciones de orientales. Su función mnemotécnica sigue estando vigente como «sistema celebratorio» de ese pasado feliz; sigue legitimando y condicionando la memoria individual a través de representaciones incesantemente retrabajadas como arquetipos de la memoria colectiva. Sobre estos arquetipos se edificó un imaginario social e institucional que sirvió de seña de identidad al país, un legado representativo provisto de su propia retórica, lo que Jurij M. Lotman llama «signos conmemorativos» y que para el Uruguay se ha caracterizado como «una matriz democrático-pluralista de base estatista y partidocéntrica» (Caetano, 2000: 10). Esa cosmovisión plasmada en «un modelo económicamente modesto, de tendencia autárquica, pero dispensador de certidumbres», al desaparecer barrido por la crisis, la deserción de los intelectuales y el cambio de los tiempos, «generó en la sociedad uruguaya un insostenible sentimiento de pérdida por el que se culpabilizó a los partidos tradicionales» (Gatto, 2003: 4).

Un pasado que sigue siendo parte del presente y del que no se puede prescindir ni cuando se intenta proyectar el futuro, ya que lo modela y condiciona según los arquetipos forjados, verdadera retrodicción del lenguaje incapaz de imaginar otras alternativas. Porque, a diferencia de la mayoría de los países del hemisferio latinoamericano donde la utopía se ha proyectado generalmente hacia el futuro, hablar de utopía y democracia en Uruguay supone remontarse en el tiempo hacia un pasado idealizado por una memoria que evoca con nostalgia y melancolía un país que «fue» y del que selectivamente se rescatan los aspectos positivos. Lo idealiza incluso desde un presente signado por el deterioro y la desesperanza, donde la propia izquierda—la que fuera severa crítica, hasta la caída de su propia utopía, de aquella sociedad estatista proveedora de bienes y servicios y una seguridad existencial garantizada por el empleo público de por vida, un sistema de jubilaciones sin parangón conocido, la atención médica mutual generalizada y la educación gratuita desde primaria a la universidad— ha recuperado hoy sus

desgastadas banderas y –según observa el mismo Hebert Gatto– aparece como «su heredera, sirviéndose sin complejos, del patrimonio simbólico que sus derrotados rivales no supieron renovar o actualizar» (Gatto, 2003: 4), incluso arriesgando una apuesta a favor del populismo, el clientelismo político y aquella burocracia amable, entonces denostados vicios del sistema a abatir.

II. «COMO EL URUGUAY NO HAY»

Para comprender la intensidad y vigencia de esta utopía regresiva, vale la pena repasar los que fueron entonces sus caracteres más notorios. Hasta mediados de la década de 1960 –y al margen del paréntesis de la dictadura de Gabriel Terra (marzo de 1933-noviembre de 1938)–, el Uruguay vivió convencido de ser «una excepción» en un contexto mundial de guerras, dictaduras y autocracias. En esas décadas se repetía en forma satisfecha «como el Uruguay no hay»¹, y, para encontrar un paralelo internacional, se acuñó la equívoca fórmula de «Uruguay, Suiza de América», un «espejismo de una semejanza» como señalaría después Carlos Real de Azúa. Ello permitió que hasta la dimensión territorial reducida del país, entre Argentina y Brasil, se transformara en una ventaja. El lema «la nación más poderosa será siempre la más civilizada» se inculcaba en manuales escolares y textos de «Educación Cívica» que exaltaban las virtudes de un pequeño «país llamado a grandes destinos». Hasta principios de la década de 1930 los uruguayos tenían «más de un motivo para sentirse optimistas respecto del país en que vivían y mirar orgullosos el pasado más inmediato por la tarea realizada», por lo cual «lo alcanzado no tuvo parangón en América Latina» (Nahun *et al.*, 1998: 9), algo de lo que todos, más allá de pertenencias políticas o clases sociales, nos sentíamos orgullosos.

Un culto del legalismo y de respeto procesal de las formas había consagrado una efectiva separación de poderes, garantizada por controles mutuos, donde el poder legislativo se solzaba en el juego parlamentario del recientemente inaugurado «Templo de las Leyes»²; el poder ejecutivo se amortiguaba en su composición bicéfala: un presidente y un Consejo Nacional de Administración, gracias al que se había diluido en un sistema que reconciliaba los partidos Nacional («los blancos») y el Colorado, constitutivos de la nacionalidad oriental³. Este proyecto singular y «colegiado», inspirado en el vigente de los cantones suizos gobernados desde Berna, enmarcaba constitucionalmente un modelo integrador de sociedad del que la escuela laica, obligatoria y gratuita era su cimiento democrático.

1. Es interesante observar como esta afirmación, repetida hasta hoy en día, se ha ido vaciando del orgullo contenido positivo inicial para tornarse irónica o abiertamente negativa.

2. El Palacio Legislativo se inaugura en ocasión del centenario de la Declaración de la Independencia, el 25 de agosto de 1925.

3. El nombre completo del Uruguay es República Oriental del Uruguay. El calificativo oriental surge de su situación geográfica en función del río Uruguay que lo separa de la Argentina. Los uruguayos se identifican como «orientales». La primera estrofa del himno nacional proclama: «Orientales, la Patria o la tumba».

Nacionalizaciones de los principales servicios públicos, avanzadas leyes laborales y del derecho de familia (divorcio, incluido el singular divorcio por la sola voluntad de la mujer; estatuto de los hijos naturales, código del niño), eran las ilustraciones palmarias de un país singular, a veces ingenuamente confiado y suficiente, modelado originalmente por José Batlle y Ordóñez a principios del siglo XX e impregnado al socaire de la buena cotización internacional de sus materias primas –carne y lana–, de un satisfecho *laissez-aller* amparado por un Estado benefactor omnipresente de cometidos múltiples y legislación social generosa.

Los partidos eran fundamentalmente policlasistas y en su seno se reflejaba con ligeras variantes el corte transversal de la sociedad donde la clase media urbana primaba, mientras el Estado desempeñaba un papel fundamental en esa armonización y uniformización social de aspiraciones y logros de la que el reformismo nivelador del batllismo había sido artífice. La utopía democrática estaba, en principio, servida.

III. LA ILUSIÓN DE ESTAR A SALVO

En ese momento, el Uruguay –al decir de Carlos Martínez Moreno– vive en la ilusión de «estar a salvo», supuestamente preservado por lo que son sus logros y diferencias: «sabias instituciones, una fuerte clase media, una población más homogénea que la de cualquier otro estado de América, una doctrina política de poder de la que se esperaba que siguiesen manando las oportunas soluciones» (Martínez Moreno, 1994: 171). El Uruguay es «una ínsula con fronteras terrestres» –metaforiza–, un país distinto que hasta la «apoteosis civilista del Centenario» respira satisfecho y se cree auténticamente diferente de sus vecinos americanos, a salvo de los problemas que los demás afrontan.

No faltaban, pese a todo, campanas de alarma, como la que hace sonar Julio Martínez Lamas en su premonitorio ensayo *Riqueza y pobreza del Uruguay* (1929), cuando pone en evidencia las flagrantes desigualdades sociales y económicas de un país macrocefálico, cuya capital absorbe todos los recursos y oculta la realidad del «interior»⁴. En ese momento se denuncia que «Montevideo es un lujoso biombo para ocultar al Uruguay», porque detrás de los renovados escenarios urbanísticos, jalonados de monumentos conmemorativos, hay una realidad más modesta, si no más pobre. Voces y visiones que no se quieren ver o escuchar.

«Este es un período feliz» (Díaz, 1987: 87), que otros califican como «la tibia y amable transición de los años veinte». Contribuye a esta conciencia lo que Emilio Frugoni ya había percibido en 1925, cuando resaltó la excepción uruguaya frente a los males del resto de América; dividida entre «la gigantomanía plutocrática del Norte» y «las mezquinas y astutas rivalidades nacionales del Sur, que estallan en golpes de Estado y en rebeliones a menudo sangrientas cuando se trata de cuestiones sociales». Por otra

4. En Uruguay se habla comúnmente del «interior» para todo aquello que no es la capital. Incluso algunas instituciones se definen como del interior para diferenciarse de Montevideo.

parte, la Primera Guerra Mundial había estimulado en «el seno de las generaciones americanas una ambición de autonomía cultural que obedece al horror infundido por la trágica evidencia de los errores de Europa, nuestra madre y tutora intelectual», ya que:

El caos sangriento nos puso frente a la comprobación horrenda de los extravíos de una civilización bajo cuyos signos y ascendientes ha ido surgiendo la de estas sociedades americanas, hijas suyas, y más que discípulas, remedos balbucientes. Fue como si el maestro revelara de golpe su inferioridad moral y mental ante el alumno (Frugoni, 1925).

«Hoy vemos bien que no todo lo que Europa da de sí puede sernos aprovechable» anota el mismo Frugoni y en su apoyo cita a los escritores que expresan su angustia ante «la aberración contemporánea de Europa», como Paul Valéry, Demangeon, Coudenhove-Kalergi y Oswald Spengler.

En realidad, el liberalismo republicano, tan racionalista como optimista, que se afianza en Uruguay en las primeras décadas del siglo XX, era la expresión democrática radical de una forma de gobierno europea y norteamericana que aspiraba a ser universal. Sin embargo, no se trataba de una mera copia y trasplante de formas jurídicas. El país, desde fines del siglo XIX, había construido los firmes pilares de un Estado secularizado en que debían cristalizar los componentes fragmentarios de la nacionalidad; plasmado a partir de una reforma de la enseñanza propulsada por José Pedro Varela y de una noción de Patria sublimada por Juan Zorrilla de San Martín en *La leyenda Patria* (1879) y de la que emergería retroactivamente la figura de José Gervasio Artigas (*La Epopeya de Artigas*, 1910) como aglutinante por sobre banderías y divisiones partidarias. Al mismo tiempo, Francisco Bauzá (*Historia de la dominación española en el Uruguay*, 1880-1882) y Eduardo Acevedo Díaz habían dado a la historia un sentido y resaltado los componentes de la emergente nacionalidad oriental, proyección que tuvo su expresión literaria en el ciclo de novelas históricas de este último: *Ismael* (1888), *Nativa* (1890), *Grito de Gloria* (1893) y *Lanza y sable* (1914). Por su parte, Juan Manuel Blanes –el llamado «pintor de la Patria»– había creado una iconografía identitaria a partir de la pintura épica de los episodios más significativos de la historia nacional –*Juramento de los Treinta y Tres*, *Artigas en la Ciudadela*, *La revista de 1885...*– y de la representación pictórica de un gaucho ennoblecido, por no decir «civilizado», en cuidadas miniaturas.

No fue ajena a esta redondeada representación optimista, ligeramente orgullosa, pero no por ello menos modesta, la satisfecha ejemplaridad con que se refleja el Uruguay en el contexto continental a través de la irradiación de *Ariel* (1900) de José Enrique Rodó. El espíritu del «arielismo» que empapa buena parte de la cultura institucionalizada en los años 30, en la medida que no siente la necesidad de cuestionar un sistema que parece cubrir y proteger con garantías sociales todo posible riesgo vital, propició un despegue poético y filosófico de vocación etérea e intemporal, del que se evacuaba todo inconformismo o negación del pasado y donde no se percibían atisbos de estridencias propias de planteos raigales o revolucionarios.

IV. LA SIESTA DE LAS CLASES MEDIAS

Este panorama apacible donde «el Uruguay dormía la siesta de las clases medias, acunadas por la cigarra de la ideología batllista» –según ha sostenido con deliberada exageración Daniel Vidart– cambia radicalmente con la presidencia de Gabriel Terra, a partir de 1930. Desde su elección, Terra instala en el país una atmósfera de creciente tensión desestabilizadora, alimentada por iniciativas, declaraciones y discursos que emanan del propio poder ejecutivo y multiplicando sus acciones contra la burocracia y el estatismo. En realidad éste es el momento en que realmente repercute en Uruguay la crisis económica de 1929, que ya había producido sus efectos en Europa (Arteaga, 2000: 176).

Una depresión económica que se traduce, a su vez, en una crisis política: se reclama una mayor concentración de poder presidencial frente al sistema colegiado vigente, al que se percibe como lento e inoperante, alarma que se revela cierta el 31 de marzo cuando Terra disuelve el Parlamento y el Consejo Nacional de Administración con el apoyo de la policía y el cuerpo de bomberos e instala un poder de *facto*.

El parlamentario Ricardo Paseyro, en la que sería la última sesión de la Asamblea General antes del golpe de Estado, recordó cómo «veinticinco o treinta años de paz nos habían dado el derecho de ser, no sólo en el concierto de las naciones americanas, sino de las naciones del mundo, un país de excepción, en medio de esta terrible crisis que conmueve al mundo entero» (Tronchon y Vidal, 1993: 53). Por su parte, Eduardo Rodríguez Larreta, en esa última y dramática sesión, se lamentó de que:

Somos un país pequeño, un país no rico, de escasos recursos materiales que, entre los colosos de América que nos rodean, contábamos con una sola virtud: teníamos el orgullo, si se quiere la vanidad de ser superiores a ellos en cultura política y en civilización. Y bien: ese único orgullo, esa única satisfacción que nos permitía mediar en el concierto de las grandes potencias con alguna vanidad y con alguna satisfacción, ha sido enterrado en el día de hoy. Nuestro nombre irá a aumentarse al de otras tantas pobres repúblicas de Sudamérica manejadas a golpes de sables y a bocinazos de cuartel (Tronchon y Vidal, 1993: 54).

La extensa transcripción vale la pena, pues en ella se sintetiza el herido sentimiento de la época: una «excepción» que deja de serlo para sumarse al concierto de los países vecinos de una América tradicionalmente convulsa. Una campana de alarma ha sonado: la utopía está amenazada, pero no erradicada. El país culturalmente abierto al mundo, que había vivido con orgulloso optimismo su excepcionalidad en el contexto latinoamericano, descubre –no sin resistencias– que, más allá del consenso social adquirido gracias al nivelamiento armonizador del Estado benefactor batllista, existían disfuncionalidades estructurales no resueltas, especialmente en el sector agrario, que el *crack* de 1929 puso en evidencia. El proceso de toma de conciencia es lento y sólo con el golpe de Estado de Gabriel Terra del 31 de marzo de 1933 y el suicidio de Baltasar Brum, ante una atónita masa ciudadana, se hace flagrante. En ese momento, se detiene

la expansión y se anuncian los primeros signos de involución y deterioro. El Uruguay, dechado de instituciones democráticas, debe hacer frente al destierro y la prisión, incluso la muerte, de sus dirigentes políticos, como Julio César Grauert, fundador del Grupo Avanzar del batllismo de izquierda, tiroteado por la policía y abandonado sin asistencia médica en un calabozo. Ese mismo Uruguay estrena formas inéditas de censura y represión sindical, estudiantil y ciudadana; descubre la resistencia activa y pasiva e inaugura movilizaciones laborales sectoriales que, poco a poco, se inscriben en el espacio de una confrontación ideológica con numerosos referentes internacionales.

El Uruguay que dormía la «siesta liberal», ya denunciada por algunos, se despierta de su sueño utópico en forma abrupta y con mal sabor. A partir de entonces, la imagen de «siesta» reaparecerá en otros diagnósticos. Carlos Quijano habla de «este pequeño Uruguay» que «ha podido dormir», aunque fuera sacudido por «accesos de fiebre» en 1933, 1938 y 1942, pero siempre protegido por un «ángel de la guarda que vela nuestra tranquila y feliz inconsciencia» (Quijano, 1989: 48). En otra oportunidad se refiere al período en que aún era posible adormecerse en la «bovina euforia».

V. EL CUESTIONAMIENTO DE CERTEZAS ADQUIRIDAS

Una primera época de cuestionamientos de certezas adquiridas y de cambios en el imaginario social se inicia en 1933. La segunda llegará tres décadas después. Sin embargo, pese a la impronta dictatorial de sus primeras decisiones, la fuerte tradición democrática uruguaya lleva a que el régimen de Gabriel Terra no tardara en buscar su legitimación en las urnas. Para ello se promueve una reforma constitucional –aprobada en 1934–, que, si bien es redactada por constituyentes «nombrados a dedo», se reviste de formas jurídicas. Como denuncia Justino Zavala Muniz, este legalismo no hace sino «ocultar las orejas del lobo con el gorro frigio de la democracia política, prestigiosa a los ojos de un pueblo educado desde hacía treinta años en el concepto de que él era dueño de su destino» (Zavala Muniz, 1935: 118).

Por ello, no tardó el Uruguay en recuperar su condición democrática. En las elecciones de noviembre de 1938, en las que votan por primera vez las mujeres, sale electo el general Baldomir, el candidato menos oficialista del «terrorismo» en el poder. Gracias a su acción conciliadora, por no decir componedora, se fue operando un proceso de normalización democrática que culminó con el llamado «golpe bueno» de 1942 y la promulgación de una nueva Constitución que intentó corregir los signos autoritarios más clamorosos de la de 1934.

Todo indicaba que se cerraba así un período de la historia y que el Uruguay volvía a ser lo que nunca debería de haber dejado de ser: un país autocentrado, con sus propias referencias y satisfecho de sí mismo, con su vida intelectual activa, abierto al exterior y a las influencias, curioso y atento, pero con una universalidad enraizada en su propia especificidad. Tópicos aparte, había de qué estar satisfechos.

Uruguay prolonga desde entonces y hasta bien promediada la década de 1960, la creencia en la estabilidad; en la capacidad autorregenerativa interna, tanto en el plano

político como cultural, de las que iban siendo crecientes agresiones de los problemas externos, lo que se ha llamado «la invasión del afuera», esa conciencia de que «afuera pasan cosas, muchas» (Achuraz, 1996: 208-237).

En el continente de las «locas geografías», la comarca uruguaya es como «un remanso de las furias», escribe en forma oronda y satisfecha Eduardo J. Couture en *La comarca y el mundo* (1953). Uruguay es «un escenario de serenas proporciones», donde el paisaje, por su falta de espectacularidad, «no atrae a grandes masas humanas; pero en cambio retiene a quienes se aproximan». Aunque Couture reconociera que «es fácil que se nos juzgue por lo que ya no somos» y que en el orden interno «el Uruguay no puede soñar, a pesar de su pequeño contorno, con expansiones territoriales» (Couture, 1953: 138), proponía que ya que su progreso no podía ser horizontal, lo fuera vertical: «Crecer en altura y en profundidad; mejorar y perfeccionar la sustancia de que dispone» (Couture, 1953: 140), a saber, la democracia y la libertad política. El país no cree en hombres providenciales y –en el colmo de la visión idílica que el tiempo desmentiría poco años después, añadía– «es éste un país sin procesos por desacato, de gobernantes pobres y con una policía sin injerencias en la vida privada» (Couture, 1953: 18). Para ello, el autor de *La comarca y el mundo* preconizaba reforzar las buenas características del Uruguay: el gobierno de opinión y no de policía, la justicia y seguridad social, la educación generalizada y gratuita y, sobrevolando el todo, algo que considera esencial: «un alto nivel moral en la vida pública y privada de los individuos».

Se tildaría esta visión de «secreta complacencia» y «adormecedor optimismo», aunque se reconociera que la década de 1950 habían sido años de estabilidad y prosperidad en un país con vocación de clase media. En 1960, todavía un 54% de la población formaba parte de ese vasto sector social, aunque en las encuestas muchos integrantes de los sectores populares (un 43%) se empinaban sobre su modesta condición para proclamarse como clase media. Así, se llegaba a la cifra «psicológica» del 61% que se inviste del entonces prestigioso título –«Uruguay, país de la clase media»–, aunque muchos maestros o funcionarios de traje y corbata, autodefinidos como clase media, ganaran menos que un obrero calificado o un guarda de ómnibus bien sindicado. La relativa prosperidad del Estado de bienestar de los años 1950 y la homogeneidad social de esa clase media en el poder disimulaban los extremos de la riqueza (un 2,5%) y la pobreza (un 3%) de una sociedad que se identificaba plenamente con la democracia reinante. Pero lo importante, para ser cabalmente un integrante de la clase media era –como escribió un humorista de la época– poder «hacerle una buena fiesta de quince a la nena»⁵.

5. En el Uruguay existe la tradición de organizar una fiesta cuando una niña cumple quince años. La celebración se abre con el padre bailando un vals con su hija. Se venden vestidos especiales para la ocasión y se suele invitar a los amigos y amigas de la festejada como una suerte de entronización en sociedad.

VI. EL PAÍS EMPIEZA A VIVIRSE COMO PROBLEMA

Cuando Mario Benedetti publica en 1960 *El país de la cola de paja* denunciando una serie de vicios nacionales, su diagnóstico parece el de un «aguafiestas». Aunque el crítico Ruben Cotelo lo tilda en una dura reseña en *El país* de superficial, periodístico y plagado de tópicos, las tres ediciones agotadas en nueve meses demuestran que Benedetti no sólo tiene un indudable olfato para el éxito que cosecha ese mismo año con *La tregua* (1960), sino que ha revelado el talón de Aquiles de un país que no se resigna a dejar de ser lo que fue, pese al trasfondo de inestabilidad y cambio que se avizora en su horizonte inmediato.

Ahora es posible preguntarse si estaba justificada esa autocomplacencia o era expresión de una ceguera frente a la evidencia del estancamiento progresivo que diagnosticaron los casi 5 kilos de los 4 tomos, las 800 páginas, 600 cuadros y gráficos del *Estudio Económico del Uruguay, evoluciones y perspectivas*, conocido por el informe del CIDE, que se difunde en 1962. En un país sin estadísticas los datos revelados por el informe constituyeron una auténtica revelación y desataron todo tipo de diagnósticos y pronósticos, pero también de reflexiones sobre el pasado, presente y futuro de un Uruguay que empezaba a vivirse como problema.

Ello se tradujo en una serie de revulsivos ensayos cuestionando la identidad del país. *Uruguay: ¿provincia o nación?* se pregunta en forma provocadora Roberto Ares Pons en 1961 –ensayo no por azar publicado en la Editorial Coyoacán de Buenos Aires, divulgadora del revisionismo histórico rioplatense– para sostener que en Uruguay:

No se creó una Nación, lo que era básicamente imposible, pero sí un Estado que funcionó con relativa felicidad y poderío e hizo posible la ilusión renovada de constituir una Nación, al punto que ello se convierte en la idea dominante de los círculos dirigentes y encarna en las masas populares (Ares Pons, 1961: 35).

El declive habría empezado –según Ares Pons– con el golpe de Estado de Terra en 1933.

El país va despertando del rosado ensueño en que transcurrieron las primeras décadas del siglo, aunque lentamente. Los torniquetes de la crisis apretaron de modo inexorable, pero paulatino y nuestros reflejos se habían vuelto muy tardíos [...]. Quisimos auto-sugestionarnos, gritando con insistencia en que apuntaba la exasperación: «¡Como el Uruguay no hay!». Mas la verdad se impuso. La expresión «crisis nacional» circula con mayor frecuencia cada día, y muchos son los signos de que el país entero despierta y se encamina a la búsqueda de las soluciones nacionales (Ares Pons, 1961: 70).

La original exclamación «¡Como el Uruguay no hay!» ha pasado de orgullosa afirmación de identidad a tener una connotación irónica. Aunque la tesis de Ares Pons es calificada en la columna bibliográfica del diario *El país* que publica Ruben Cotelo de «interpretación enajenada» basada en un «cierto irracionalismo de impostación racional», la semilla del ensayismo revisionista está echada.

La literatura refleja también esa progresiva sensación de declive. La novela *El astillero* (1961) de Juan Carlos Onetti es leída como una metáfora del Uruguay que languidecía, abandonado al deterioro progresivo de sus mejores glorias pasadas, decadencia –la «deca», como la llamará Carlos Martínez Moreno en *Con las primeras luces* (1966)– que se evidencia en los signos crecientes de la crisis instalada en el país. Las palabras iniciales de la novela de Martínez Moreno se transformarían, sin quererlo, en profético diagnóstico: «Ahora sí que me jodí del todo. La lanza de la verja, la inglete, la punta de fierro [...]. Yo antes podía [...]. Todo con otra fe, con otra fuerza. Yo antes podía, claro que sí» (Martínez Moreno, 1966: 7). En este monólogo del protagonista Eugenio, se leyó no sólo el anuncio de su agonía, sino el fin de una época de la historia del país recapitulada con cierta nostalgia.

Estaba claro que ese «Yo antes podía. Todo con otra fe, con otra fuerza», que «ahora» ya no era posible, constituía un verdadero diagnóstico del Uruguay que moría «con las primeras luces» de un nuevo día, de un nuevo tiempo. «Sin fuerza, sin fe», el monólogo interior en la agonía de este hijo de una familia patricia oriental, se transformaba en metáfora de la historia. Los grandes mitos del país se degradaban. La «deca», apócope de «decadencia», abría un período ineluctable que Martínez Moreno bautizaba con visionaria agudeza.

Pero antes de esta novela estremecedora, no sólo por lo bien escrita, sino por el canto final de un dolorido cisne que encierra, Carlos Martínez Moreno había publicado otro libro –*El paredón* (1963), finalista del premio Biblioteca Seix-Barral 1962– que había puesto el dedo en una lacerante llaga: el inmovilismo uruguayo confrontado a la dinámica de la revolución cubana. *El paredón* desarrolla este diagnóstico de quietismo e inmovilismo, de vocación «gatopardiana» –«que todo siga como está»– a través de las dudas de un intelectual que se enfrenta a la crisis de su país y a la experiencia vital y contradictoria del proceso iniciado en Cuba el 1 de enero de 1959.

Al contrastar dos mundos –el institucional uruguayo y el revolucionario cubano– a través de la experiencia moral del protagonista Julio Calodoro, Carlos Martínez Moreno cortó por ángulos más precisos que una simple división entre «buenos» y «malos». Insertado en «una sociedad civil e inmovilista» (el Uruguay), el protagonista es consciente de su desarraigo, pero no puede abrazar ingenuamente la alternativa revolucionaria que mira como ajena y sospecha cargada de violencia y represión. «La violencia está jugando en Cuba el papel que no puede suplir la madurez», había escrito el propio Martínez Moreno en una serie de artículos de 1960, para admitir que sus planteamientos eran dudas, exagerada lucidez o una pasión por el análisis minucioso de los acontecimientos, a cuyo trasfondo no eran ajenas las preocupaciones éticas. Balance de una realidad conmovida en sus creencias básicas, tal vez una forma de parricidio, el protagonista de *El Paredón*, Julio Calodoro, se dice:

Vivo en un país civilista, cuyo irrealismo e inmovilismo son proverbiales; un país que cree que podrá escapar por mucho tiempo más a la suerte del mundo, conservando sin riesgo sus estructuras si sigue ejercitando, en sus formas más desasidas, la mera democracia política, sin implicaciones sociales ni severa y veraz consideración de lo que pasa a su alrededor (Martínez Moreno, 1963: 189).

Un irrealismo que un ensayista británico, al hablar de las generosas leyes sociales califica de «idealistas, impracticables, difícil de ejecutar y, por lo tanto, típicamente uruguayas» (Hanson, 1982).

VII. LO QUE (FELIZMENTE) LE FALTABA AL URUGUAY

Al Uruguay, en realidad, le faltaban (y siguen faltando) muchas cosas. Pero muchas de las cosas que le faltaban son una bendición, según escribe Carlos Maggi en *El Uruguay y su gente* (1963), otro provocativo ensayo del período. El Uruguay, felizmente, no tiene territorio:

Nos falta kilometraje para ser malvados, por eso carecemos de ambición histórica, sed de destino y otras kilométricas canalladas; por eso no tenemos Argelia, ni un negro Congo pesando en la conciencia (Maggi, 1963: 7).

Además, no hay petróleo («Este país entero no llega a valer lo que vale la Standart Oil, si es que eso vale»), no hay carbón y no hay indios, lo que Benedetti había llamado «el complejo de la falta de indios». Maggi concluye afirmando que aquí estamos en «un país esquina», situado a «35 grados, a medio cocer entre el Ecuador y el Polo, en aguas tibias y entredulces». Se define allí una «medianía» y falta de dramatismo que otros, por el contrario, perciben como positiva. En el fondo hay una secreta revancha de saberse un país pequeño, sin historia de «siglos pasados», salvo «un pedazo del diecinueve que sirve de maceta a los partidos tradicionales», ni responsabilidad alguna en «nada de lo que importa realmente» (Maggi, 1963: 11).

En su *Breve Historia del Uruguay* (1967), Carlos Benvenuto ahonda en una reflexión que podría ser una verdadera metáfora de la identidad del Uruguay: éstas han sido tierras sin ningún provecho, y sin embargo vivir en ellas fue increíblemente fácil, contradicción que se remonta al período colonial. Tierra pobre y hombres de vida fácil asentados en las onduladas planicies «purpúreas» y en la molicie de la costa del Río de la Plata no explican la escéptica visión de quienes sin tener confianza en un destino se han instalado en la confortable perspectiva de ese genérico «como el Uruguay no hay», de donde toda exigencia y rigor han sido evacuados. Se acabó la condición paradisíaca, tal vez, pero Benevenuto es profundamente uruguayo y en función de conocerse y conocer el país apuesta a favor del hombre «cordial», etimológicamente cordial, y cree en el futuro. El Uruguay –como Adán– sale del paraíso y allí comienza su peregrinación, por lo cual Benvenuto, parafraseando al Ortega y Gasset de *Meditación del pueblo joven*, le desea «Buena suerte» de todo corazón.

En ese momento –la década de 1960– se confiaba todavía en las «cercanías sociales y humanas» de las que hablaba Carlos Real de Azúa en otro ensayo esclarecedor, *El impulso y su freno* (1964), donde más fría, pero lúcidamente, diagnostica los males uruguayos a partir de «la pérdida en la ingenua fe en la razón de la modernidad». Apaciguamiento, concordia, neutralización, cautela, modorra, anquilosamiento, conformismo

son ambivalentes características de un país sobre el que se lamenta el autor de *El patriado uruguayo* (1961).

El «país de las vacas gordas» ha descubierto la crisis, cuyas repercusiones en lo cultural Ángel Rama analiza en *La generación crítica (1939-1969)*, una crisis que no es ni unívoca, ni directa. Un mundo agoniza en el quietismo y la autosatisfacción de ayer: ciego ante el «naufragio» colectivo que se avecinaba. *Partes de naufragios* (1969), titula significativamente José Pedro Díaz su larga novela sobre los tiempos que se vivían y, sobre todo, se avecinaban.

Lo que vino después se conoce: el golpe de Estado del 27 de junio de 1973 con su secuela de represión, censura y sus efectos devastadores en la enseñanza y la cultura; el exilio y la diáspora de miles de uruguayos por el mundo. Un penoso paréntesis del que sólo emerge el país en 1985: disminuido, golpeado, herido, desarticulado y desorientado en lo más profundo de su tejido social, sin poder llegar hasta ahora a recuperarse totalmente, pero sin dejar de recordar, consciente o inconscientemente, aquella utopía vivida hasta mediados de la década de 1960. Recapitulada ahora, nos embarga una sensación de resaca, de una fiesta que terminó mal, tras tanto derroche y desperdicio, cuando seguimos convencidos de que el Uruguay tenía entonces casi todo para haber sido realmente lo que soñó ser.

¿Se puede –en estas circunstancias– seguir pensando que el futuro puede volver a ser parte de ese pasado? Decía no hace mucho Fernando Henrique Cardoso (Cardoso, 7 de diciembre de 2003) que en América Latina existe «una propensión a las utopías regresivas, una búsqueda casi mítica por el pasado, una nostalgia por un maravilloso mundo antiguo, que nunca existió». Más allá de saber si ese pasado existió o hasta dónde pudo existir realmente; lo importante es ver si esas utopías pasatistas indican en realidad un rumbo viable para las transformaciones necesarias del presente; si lo que fue útil ayer puede ser apropiado para hoy o mañana; saber si ese regreso a un pasado idealizado supone una alternativa real para la sociedad; si el pasado, en definitiva, puede ser un modelo ante los procesos de globalización en que estamos inmersos.

Es evidente que la utopía regresiva que intenta rescatar del pasado un tiempo perfecto y feliz al que se debe regresar, en la medida en que alimenta la nostalgia, empaña el presente, levanta barreras mentales que dificultan vislumbrar los caminos de la historia e impide construir las bases de una sociedad mejor. La historia la desmiente. No otra cosa parece haber sucedido con la utopía de la democracia en Uruguay. Sin embargo, no puede concebirse otro futuro posible que no tenga en cuenta esa «excepción», que no haga del acervo de ese imaginario desguazado el mejor trampolín para los desafíos pendientes de la modernidad inconclusa. Porque, entre otras cosas, «lo nuevo no es arrepentimiento de lo viejo», como nos cantó el poeta Salvador Puig, cuando todo era todavía una confiada esperanza en el futuro.

VIII. BIBLIOGRAFÍA

- ACHUGAR, Hugo. Paisajes y escenarios de la vida privada, literatura uruguaya entre 1920 y 1990. En BARRÁN, José Pedro, CAETANO, Gerardo y PORZECANSKI, Teresa (comps.). *Historia de la vida privada. Individuo y soledades, 1920-1990*, 3. Montevideo: Taurus, 1996.
- ARES PONS, Roberto. *Uruguay: ¿provincia o nación?* Buenos Aires: Coyoacán, 1961.
- ARTEAGA, Juan José. *Uruguay. Breve historia contemporánea*. México: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- BENEDETTI, Mario. *El país de la cola de paja*. Montevideo: Alfa, 1960.
- CAETANO, Gerardo (comp.). *Los uruguayos del Centenario. Nación, ciudadanía, religión y educación (1910-1930)*. Montevideo: Taurus, 2000.
- CARDOSO, Fernando Henrique. Utopías e historia. *O Globo*, Rio de Janeiro, 7 de diciembre de 2003.
- COUTURE, Eduardo. *La comarca y el mundo*. Montevideo: Biblioteca Alfara, 1953.
- DÍAZ, José Pedro. Las letras. *Vida y cultura en el Río de la Plata*. Montevideo: Universidad de la República, 1987.
- FRUGONI, Emilio. *La sensibilidad americana*. Montevideo: Maximino García, 1929.
- GATTO, Hebert. La utopía regresiva. *Búsqueda*. Montevideo, 18 de diciembre de 2003.
- HANSON, Simon Gabriel. *Utopia in Uruguay*. Connecticut: Hyperion Press Incorporated of Westport, 1982.
- MAGGI, Carlos. *El Uruguay y su gente*. Montevideo: Alfa, 1963.
- MARTÍNEZ MORENO, Carlos. Las vanguardias literarias. En *Literatura uruguaya*, tomo I. Montevideo: Cámara de Senadores, 1994.
- NAHUM, Benjamin *et al.* *Crisis política y recuperación económica 1930-1958 (Historia del Uruguay)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1998.
- QUIJANO, Carlos. *Los golpes de estado 1933-1942*, volumen 1, 1. Montevideo: Cámara de Representantes, 1989.
- REAL DE AZÚA, Carlos. *El impulso y su freno*. Montevideo: Ediciones Banda Oriental, 1964.
- TROCHON, Yvette y VIDAL, Beatriz. *El régimen terrista (1933-1938)*, tomo 1. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 1993.
- ZAVALA MUÑIZ, Justino. *La Revolución de Enero* (Obra concebida en las marchas y los campamentos de la Revolución y escrita en el destierro). Edición del autor, 1935.